

fraguas de la naturaleza, ha creado ciclopes en todas partes donde ha visto humear las montañas, y todos los Etnas tienen su Polifemo.

Comencé, pues, á trepar por la ruina entre el recuerdo de Falkenstein y el recuerdo del gigante. Debo decirte que de antemano me habia hecho indicar el mejor sendero por los niños del pueblo, servicio por el cual les dejé tomar de mi bolsillo todo lo que quisieron; pues las piezas de plata y de cobre de estos lejanos pueblos, thalers, gros, pfennings, son las cosas más caprichosas y más ininteligibles del mundo, y en cuanto á mí puedo asegurar que no entiendo esas monedas bárbaras, impuestas por los Borusses al país de los Ubiens.

El sendero era áspero en efecto; peligroso no, si se exceptúa para las personas de quienes se apodera el vértigo, ó para las que lo atraviesan despues de las grandes lluvias, cuando la tierra y la roca están resbaladizas. Por lo demás, esta ruina maldita y temida tiene sobre las otras ruinas del Rhin la ventaja de no ser frecuentada. Ningun oficioso te sigue en la ascension, ningun definidor de los espectros te pide propina, ninguna puerta echado el cerrojo ó puesto el candado te obstruye el paso en la mitad del camino. Se trepa, se escala la vieja escalera de basalto de los burgraves, que reaparece todavía en algunos sitios; te agarras á las malezas y á los copos de yerba; nadie te ayuda, ni nadie te molesta. Al cabo de veinte minutos estaba en la cima del monte, en el umbral de la ruina. Allí me volví é hice alto un momento antes de entrar. Detrás de mí, desde el fondo de una poterna cambiada en grieta informe, subía una escalera rápida convertida en rampa de césped. Ante mí se desarrollaba un inmenso paisaje casi geoméricamente formado de cortes concéntricos, y sin embargo, no tenia frialdad; á mis piés el pueblo agrupado alrededor de su campanario; alrededor del pueblo una vuelta del Rhin; alrededor del Rhin una sombra media luna de montañas, coronadas en lontananza aquí y allá de torrecillas y viejos castillos, y alrededor y por encima de las montañas la redondez del cielo azul.

Despues de haber tomado aliento, entré en la poterna y comencé á escalar la pendiente estrecha de césped. En aquel instante, la fortaleza despanzurrada se me apareció con un aspecto tan derruido y una planta tan formidable y tan salvaje, que confieso no me hubiera sor-

prendido nada absolutamente ver salir por debajo las cortinas de hiedra alguna forma sobrenatural llevando flores extrañas en el delantal, como Gela, la prometida de Barbaroja, ó Hidalgarda, la mujer de Carlo-Magno, esa dulce emperatriz que conocia las virtudes ocultas de los simples y de los minerales y que iba herborizando por las montañas. Miré un momento hácia la parte septentrional con no sé qué vago deseo de ver levantarse bruscamente entre las piedras los duendes *que están en todas partes al Norte*, como decia el gnomo á Cunon de Sayn, ó las tres viejecillas cantando la sinietra cancion de las leyendas:

En la tumba soberana
del gigante, esta mañana
tres ortigas he cogido,
las que en hilo he convertido:
tomad el presente, hermana.

Pero he tenido que resignarme á no ver nada, ni á oír nada más que el silbido irónico de un mirlo de las rocas encastrado yo no sé dónde.

Ahora, amigo, si quieres tener una idea completa del interior de esta ruina famosa y desconocida, lo mejor que puedo hacer es trascribir aquí lo que escribí en mi libro de memorias á medida que andaba. Es la torre vista en confusion, pero minuciosamente, y tomados los datos sobre el terreno, para que sea parecida:

“Estoy en la ruina.

La torre redonda, aunque desgastada por la cumbre, es aun de una elevacion prodigiosa. A los dos tercios de su altura, muescas verticales de un puente levadizo, cuyos huecos están murados.

Por todas partes grandes paredes con ventanas desfiguradas dibujando todavía salas sin puertas ni techos.

Pisos sin escaleras.

Escaleras sin habitaciones.

Suelo desigual, montuoso, formado de bóvedas destripadas, cubierto de yerbas. Confusion inextricable.

Ya he admirado muchas veces con qué celos de propietario avaro la soledad guarda, cerca y defiende lo que el hombre le ha abandonado una vez. Ella dispone y eriza cuidadosamente en el suelo las malezas más feroces, las plantas más ruines y mejor armadas, el acebo, la ortiga, el cardo, la ogiacanta, el brezo, es decir, más uñas y garras que hay en una jaula de tigres. A través de esos zarzales áridos y ásperos, el espinos, esa serpiente de la vegetacion, se extiende y se desliza y llega hasta morderte los piés.

Aquí, por otra parte, como la naturaleza no olvida nunca el ornato, el barullo es encantador. Es una especie de ramo corpulento y salvaje, donde abundan plantas de todas formas y todas especies, las unas con sus flores, las otras con sus frutos, aquellas con su rico follaje de otoño, como la malva, la amapola, la campanilla, el anís, la pimpinela, el gordolobo, la genciana amarilla, el fresal, el tomillo, el endrino de color violeta, la ogiacanta, que en Agosto se debería llamar espinos rojo con sus bayas escarlata, y los largos sarmientos cargados de maduros racimos que tienen ya color de sangre.

Un saúco.

Dos preciosas acacias.

Rincon inesperado, donde algun aldeano volteriano, aprovechándose de la supersticion de los otros, cultiva para sí mismo un campito de remolacha. De él se puede sacar un puñado de azúcar.

Á mi izquierda la torre sin puerta, ni ventana, ni entrada visible. Á mi derecha un subterráneo desfondado por la bóveda, cambiado en abismo.

Ruido soberbio del viento, admirable cielo azul en las grietas de los inmensos paredones.

Voy á subir por una escalera de yerba á una especie de sala alta.

Estoy en ella.

No ofrece más que dos vistas mágicas que dan al Rhin, á las colinas y á los pueblos.

Me inclino en el compartimiento del fondo, en el cual está el subterráneo abismo.

Por encima de mi cabeza dos arranques de chimenea de granito azul, siglo quince. Queda hollin y restos ahumados en el hogar.

Pinturas borradas en las ventanas.

Allá en lo alto una preciosa torrecilla sin techo ni escalera, llena de plantas floridas que se inclinan para mirarme.

Oigo reír á las lavanderas del Rhin. Bajo á una sala baja.

Nada. Huellas de excavaciones en el pavimento. Algun tesoro escondido por los gnomos que los campesinos habrán buscado.

Otra sala baja.

Agujero cuadrado en el centro dando á una cavidad interior. Estos dos nombres en la pared: *Phædovius, Kutorga*. Yo escribo el mio al lado con un pedazo de basalto puntiagudo.

Otra cavidad.

Nada.

Desde aquí vuelvo á ver el abismo.

Es inaccesible. Un rayo de sol penetra en él.

El subterráneo está en la parte baja de la gran torrecilla cuadrada que defendia el ángulo opuesto á la torre redonda. Esta debió ser la prision del pueblo.

Gran compartimiento haciendo frente al Rhin.

Tres chimeneas, de las que una tiene columnitas, cuelgan arrancadas de diferentes alturas. Tres pisos hundidos bajo mis piés. En el fondo dos arcadas abovedadas. En la una, ramas muertas; en la otra, dos hermosos ramos de hiedra que se balancean graciosamente. Voy allí. Bóvedas construidas en el mismo basalto del monte, que reaparece como roca viva. Huellas de humo. En el otro gran compartimiento donde he entrado desde luego, y que ha debido ser el patio, cerca de la torre redonda, la pared tiene una capa de yeso blanca, con un resto de pintura y estas dos cifras trazadas en rojo: 23—18—(sic) 2 3/4.

Doy la vuelta exterior del castillo por el foso.

Escalamiento bastante penoso.

La yerba hace resbalar.

Es preciso andar arrastrándose de maleza en maleza por encima de un precipicio bastante profundo. No hay señales de ninguna entrada, ni huella de puerta murada en la parte baja de la torre grande. Quedan pinturas en las buhardas. El viento vuelve las hojas de mi cartera y me incomoda para escribir.

Voy á entrar de nuevo en la ruina.

Estoy en ella.

Escribo en una pequeña consola de terciopelo verde que me presta el viejo muro.”

Me olvidé decirte que esta enorme ruina se llama *El Raton (die Mause)*. Hé aquí por qué:

En el siglo doce no habia aquí más que un pequeño pueblo, siempre acechado y con demasiada frecuencia molestado por un fuerte castillo, situado á una media legua de distancia del que se llamaba *El Gato (die Katz)*, por abreviacion del nombre de su señor, *Katzeneullenbogen*. Kuno de Falkenstein, á quien cupo en suerte por herencia el ruin pueblo de Velmich, le hizo arrasas, y construyó en el mismo sitio un castillo mucho mayor que el castillo vecino, de-

clarando que en adelante éste sería el Raton que se comería al Gato.

Tenia razon. Die Mause, en efecto, aunque caído hoy, es aun una siniestra y formidable comadre, salida en otro tiempo, armada y viviente, con sus caderas de lava y de basalto, de las mismas entrañas de ese volcán apagado que la lleva, al parecer, con orgullo. Tengo la persuasión de que nadie ha intentado mofarse nunca de esa montaña que ha parido ese raton.

Permanecí en las ruinas hasta la puesta del sol, que es una hora de espectros y de fantasmas.

Amigo, se me antojaba que me había convertido en un alegre estudiante; caminaba á la ventura y trepaba por todas partes, removía las gruesas piedras, comía maduros frutos salvajes, trataba de irritar á los habitantes sobrenaturales para hacerles salir de su sombra, y como aplastaba las espesuras de yerbas marchando al azar, sentía subir vagamente hasta mí ese olor acre de las plantas de las ruinas que tanto me ha gustado en mi infancia.

Después de todo, es lo cierto que con su mal renombre de pozos llenos de almas y de esqueletos, esa impenetrable torre, sin puertas ni ventanas, es de un aspecto lúgubre y singular.

Entretanto el sol había descendido por detrás de la montaña, y cuando yo iba á hacer lo mismo, una cosa extraña se removió de pronto junto á mí. Me incliné. Un gran lagarto, de una forma extraordinaria, de cerca de nueve pulgadas de largo, grueso vientre, cola corta, cabeza aplastada y triangular como una víbora, negro como la tinta y atravesado de la cabeza á la cola por dos rayas de amarillo de oro, ponía sus cuatro patas negras de codos salientes en las yerbas húmedas y se arrastraba lentamente hacia una grieta baja del viejo muro. Era el habitante misterioso y solitario de esta ruina, la bestia-génio, el animal á la vez real y fabuloso—una salamandra,— que me miraba con dulzura al entrar en su agujero.

CARTA XVI.

A través de los campos

Sucedan al viajero cosas espantosas y sobrenaturales.—Mueca que hace el gigante.—Donde se vé que las almas no desdénan el buen vino.—Ferocidad de las leyes de Nassau.—El viajero no sabe ya dónde está.—Se sienta, no importa dónde, tenien-

do una montaña sobre la cabeza y un nublado debajo de los piés.—Vé el gran murciélago invisible.—Cuatro líneas que no comprenderán los que no conozcan á Alberto Durero.—Se abre un agujero á sus piés.—Lo que vé allí.

San Goar, Agosto.

Yo no podía separarme de esta ruina. Muchas veces empecé á bajar, pero luego volvía á subir.

La naturaleza, como una madre sonriente, se presta á todos nuestros desvaríos y á todos nuestros caprichos. Cuando por fin me decidí á abandonar el Raton, se me ocurrió la idea, y confieso que la ejecuté, de aplicar mi oreja al basamento de la ancha torre, á fin de poderme decir conscientemente á mí mismo que si yo no había entrado allí, había al menos escuchado en el muro. Esperaba un ruido cualquiera, sin lisonjearme por esto que la campana de Winfried se dignase despertarse para mí. En aquel momento ¡oh prodigio! oí, pero oí por mis propios oídos, lo que se llama oír, un vago estremecimiento metálico, el sonido débil y apenas distinto de una campana que llegaba hasta mí á través del crepúsculo y parecía salir, en efecto, de debajo de la torre. Confieso que á este ruido tan extraño reaparecieron súbitamente en mi memoria los versos de Hamlet y Horacio, como si hubiesen estado allí escritos con caracteres luminosos; yo mismo creí por un momento que ellos iluminaban mi espíritu. Pero muy pronto volví otra vez al mundo real.

Era el *Angelus* de alguna aldea perdido á lo lejos en los pliegues de los valles, que el viento me traía por complacencia.

No importa. Yo estoy en el caso de creer y de decir que he oído sonar y palpar bajo la montaña la misteriosa campana de plata de Velmich.

Cuando salía del foso septentrional, que se ha convertido en una rambla muy espinosa, se me presentó bruscamente el monte vecino, la tumba del gigante. Del punto donde me encontraba, la roca dibuja en la base de la montaña, muy cerca del Rhin, el perfil colosal de una cabeza vuelta hacia atrás y con la boca abierta. Diríase que el gigante que, según las leyendas, yace allí con el vientre sofocado por el peso del monte, había conseguido levantar un poco la espantosa masa, y que ya cuando su cabeza salía por entre las rocas, en ese momento algún Apolo ó algún San Miguel había puesto el pié en la montaña, de manera que el monstruo aplastado había espira-

do en esa postura, lanzando un grito terrible. El grito se ha perdido en las tinieblas de cuarenta siglos; la boca ha quedado abierta.

Por lo demás, debo declarar que ni el gigante, ni la campana de plata, ni el espectro de Falkenstein, impiden á las viñas y á los varales subir de terraplen en terraplen hasta cerca del Raton. ¡Tanto peor para los fantasmas que se albergan en los países vinícolas! El vino se formará á su misma puerta y los zarcillos de las vides se agarrarán alegremente á sus paredones. A menos, sin embargo, que esta ladera del Velmich no sea cultivada por los mismos espíritus, no sé cómo aplicar á estos fantásticos viñedos esta frase que ayer leí en no sé qué *Guía* tudesca de las orillas del Rhin:—Detrás de la montaña de Johannisberg se encuentra el pueblo del mismo nombre con cerca de setecientas almas, que recogen un vino muy bueno.

Tiene que tener mucho cuidado el transeunte, por muy sediento que esté, en tocar esos racimos, estén ó no hechizados. En Velmich se está en el territorio del ducado de Nassau, y las leyes de Nassau son feroces en lo que hace relación á los delitos campestres. Todo delincuente cogido está obligado á pagar una multa igual á la suma de los perjuicios causados por todos los delitos anteriores cuyos culpables se han escapado. Ultimamente un viajero inglés cogió y comió en un campo una ciruela, por la que tuvo que pagar cincuenta florines.

Quise ir á buscar albergue á San Goar, que está en la ribera izquierda, una media legua más alto que Velmich. Un batelero del pueblo me hizo pasar el Rhin y me depositó cortésmente en los dominios del rey de Prusia, porque la ribera izquierda es del rey de Prusia. Luego, al dejarme, este buen hombre me dió en una lengua compuesta, mitad alemana, mitad gala, una idea del camino que había de seguir; pero sin duda lo comprendí mal, porque en lugar de tomar el camino que costea el río, seguí por la montaña, creyendo atajar, y casi me perdí.

Mientras tanto, al atravesar, pulverizando el rastrojo frescamente cortado, las altas llanuras pajizas donde los airados vientos se desplazan por la tarde, se presentó de repente un barranco á mi izquierda. Entré en él, y después de algunos instantes de una bajada muy áspera á lo largo de un sendero que se asemejaba á veces á una escalera hecha con

anchas pizarras, volví á hallarme en el Rhin.

Allí me senté; estaba cansado.

El día aun no había desaparecido completamente. Negra noche se extendía por el barranco en el cual estaba y por los valles de la ribera izquierda, colocados á espaldas de grandes columnas de ébano; sin embargo, una inexplicable lumbre rosada, reflejo del ocaso de púrpura, flotaba sobre las montañas del otro lado del Rhin y sobre las vagas siluetas de ruinas que se me aparecían por todas partes. Por debajo de donde me hallaba, en un abismo, el Rhin, cuyo murmullo llegaba hasta mí, desaparecía entre una ancha bruma blanquizca, de la cual surgía á mis piés la alta aguja de un campanario gótico medio sumergido en la niebla. Había allí sin duda una ciudad, oculta por ese mantel de vapores. A mi derecha, en la parte baja, veía, á algunas toesas de distancia, el techo cubierto de yerba de una gran torre gris desmantelada y teniéndose aun firme altivamente en la pendiente de una montaña sin almenas, buhardas y escaleras. Sobre este techo, en un lienzo de pared que había quedado en pié, existía una puerta muy grande abierta, pues no tenía hojas, y por la cual ninguna planta humana podía marchar. Ví por encima de mi cabeza caminar y hablar en la montaña á transeuntes desconocidos, cuyas sombras veía removerse en las tinieblas.

La luz rosada se había desvanecido.

Largo tiempo permanecí allí sentado en la piedra descansando y soñando, mirando pasar en silencio esa hora sombría en que el crespon de los celajes y los vapores borra lentamente el paisaje, y en que el contorno de los objetos toma una forma caprichosa y lúgubre. Algunas estrellitas aseguraban y parecían clavar en el zenit el sudario negro de la noche extendido en una mitad del cielo y la blanca mortaja del crepúsculo desplegada siniestramente en la otra.

Poco á poco el ruido de pasos y de voces cesó en el barranco, el viento cedió, y con él quedó apagado ese dulce estremecimiento de la yerba, que sostiene la conversacion con el viajero fatigado y le hace compañía. Ningun ruido llegaba de la ciudad invisible; el mismo Rhin parecía estar amodorrado; un nublado lívido y descolorido había invadido el inmenso espacio de Poniente á Levante; las estrellas iban velándose unas tras otras, y yo no tenía encima de mí más que uno de esos cielos de plomo donde se cierne, vi-

sible para el poeta, ese gran murciélago que lleva escrito en su vientre abierto: *melancolia*.

De repente sopló la brisa, se desgarró la bruma, se destacó la iglesia; un sombrero bloque de casas, picado de mil vidrios iluminados, apareció en el fondo del precipicio por el agujero que se hizo en la niebla. Era San Goar.

CARTA XVII.

San Goar.

Gasthaus zur Lilie.—Dónde es preciso colocarse para ver los soldados de M. de Nassau.—Himno á los muchachos teutones.—Es preciso que M. de Nassau esté muy necesitado de cuatro florines.—*Die Katz*.—Bohdan Chmielnicki.—Tres páginas sobre el gato.—Una palabra sobre el perro.—El autor trata de dejar mal á un eco.—Lurley.—Donde el lector aprende lo que era una galera de Malta.—Cosa que los habitantes desdiseñan y deben rebuscar los viajeros.—El Valle-Suizo.—Figuras de Roma, Grecia y la India, que aparecen al autor en ese país de los bárbaros.—El Reichenberg.—Historia de la hada pequeña y gruesa como una langosta y del gigante que cree tener en su espalda un nido de diablos.—Por qué está obligado á traer su navaja de afeitar de Bacharach.—El Rheinfels.—Aquí el autor explica por qué las bombas y las balas tienen maneras cultas y corteses.—Consideraciones filosóficas sobre la milla prusiana, la hora de camino turca y la *legua* de España.—Oberwesel.—Las siete jóvenes cambiadas en rocas.—El viajero encuentra y describe como entomólogo profundo la mayor de las arañas de agua.—Cena alemana complicada con un húsar francés.

San Goar, Agosto.

Se puede pasar una semana muy á gusto en San Goar. Para ello es preciso tener cuidado de tomar habitación cuyas ventanas den al Rhin en el delicioso *Gasthaus* (1) *zur Lilie*. Allí se está entre el Gato y el Raton. A la izquierda se vé el Raton medio velado al fondo del horizonte por las brumas del Rhin; á la derecha y por el frente el Gato, robusto castillejo rodeado de torrecillas, el que, en lo alto de su colina, ocupa la cúspide de un triángulo, en el que el pintoresco pueblecillo de San-Goarshausen, que forma la base á la orilla del Rhin, marca los dos ángulos con sus dos viejas torres, la una cuadrada y la otra redonda.

Los dos castillos enemigos se acechan y parecen lanzarse miradas fulminantes á través del paisaje; porque cuando un castillejo está arruinándose, su ventana desfondada mira todavía, pero con esa mirada horrible de un ojo reventado.

Enfrente, en la ribera derecha, y como dispuesto á poner paz entre los dos adversarios, vigila el espectro colosal del

(1) Fonda.

castillo-palacio de los landgraves de Hesse, el Rheinfels.

En San Goar el Rhin no llega á ser un río, es un lago, un verdadero lago del Jura, cerrado por todas partes, con su encajonamiento sombrío, su reflejo profundo y sus ruidos inmensos.

Permaneciendo en la fonda se goza todo el día del espectáculo que ofrece el Rhin con las armadías, los largos buques de vela, las pequeñas barcas-flechas y los ocho ó diez omnibus de vapor que van y vienen, suben y bajan, y pasan á cada instante humeantes y empavesados, dando chillidos como un perrazo que nada. A lo lejos, en la ribera opuesta, debajo de hermosos nogales que sombreaman un prado, se vé maniobrar á los soldados de M. de Nassau vestidos con casaca verde y pantalón blanco, y se oye el tambor ruidoso de un duquecito soberano. Muy cerca, debajo de la ventana, se vé pasar á las mujeres de San Goar con su gorra azul celeste, parecida á una tiara modificada por un apabullo, y se oye reír y charlar á un puñado de chiquillos que vienen de jugar con el Rhin. ¿Y por qué no? Los de Treport y d'Étretat juegan también con el Océano. Por otra parte, los niños del Rhin son encantadores. Ninguno de ellos tiene ese aspecto arrogante y severo que distingue, por ejemplo, á los muchachos ingleses. Los muchachos alemanes tienen el aire indulgente parecido al de los viejos curas.

Si se sale se puede pasar el Rhin por seis sueldos, precio de un omnibus parisien, y se sube al Gato. En esta mansión de los barones de Katzenellenbogen es donde tuvo lugar en 1471 la lúgubre aventura del capellan dean de Barnich. Hoy *die Katz* es una bella ruina, cuyo usufructo está alquilado por el duque de Nassau á un mayor prusiano, que paga cuatro ó cinco florines por año. Tres ó cuatro visitantes pagan el rendimiento anual. Yo hojeé el libro donde se inscribían los extranjeros, y en treinta páginas—próximamente un año—no ví un solo nombre francés. Muchos nombres alemanes, algunos ingleses, dos ó tres italianos, hé aquí todo el registro. Por lo demás, el interior del Gato está completamente desmantelado. La sala baja de la torre donde el capellan preparó el veneno para la condesa sirve hoy de bodega. Algunas cepas endebles se enroscan alrededor de sus estacas y en el mismo sitio donde estaba la sala de los retratos. En un gabinete, el único que tiene puerta y ventana, hay clavado en la pared un grabado

que representa á Bohdan Chmielnicki, y al pié del cual se lee: *Belli servilis auctor* (sic) *rebelliumque cosaccorum et plevis Ukraynen*. El formidable jefe zaporogo, disfrazado con un traje que participa de moscovita y turco, parece mirar al sesgo, á causa sin duda del grabador, dos ó tres retratos de príncipes actualmente reinantes colocados alrededor de él.

De lo alto del Gato la mirada se hunde en el famoso abismo del Rhin llamado *el Bank*. Entre el Bank y la Torre cuadrada de San Goarshausen solo hay un paso estrecho. Por un lado el abismo, por otro el escollo. En el Rhin se encuentra todo, hasta Scila y Caribdis. Para salvar este estrecho tan temido, las armadías se atan por el lado izquierdo con una cuerda bastante larga á un tronco de árbol llamado el *perro* (*hund*), y en el momento en que pasan entre el Bank y la Torre, arrojan el tronco de árbol al Bank. El Bank se apodera del tronco de árbol con rabia y lo atrae hácia sí. De esta manera mantiene la armadía á distancia de la Torre. Cuando el peligro ha pasado se corta la cuerda y el abismo se come el perro. Es la torta que se dá á este Cerbero.

Cuando se llega á la plataforma del Gato se pregunta al cicerone:

—Dónde está el Bank?

Y señala á tus piés un ligero pliegue en el Rhin. Ese pliegue es el abismo.

Es preciso no juzgar de los abismos por la apariencia.

Un poco más allá del Bank, en una de las revueltas más salvajes, se hunde y se precipita perpendicularmente en el Rhin, con sus mil sillares de granito, que le dan el aspecto de una escalera arruinada, la fabulosa peña de Lurley. Hay allí un eco célebre que repite, según se dice, siete veces todo lo que se dice ó todo lo que se canta.

Si no temiese pasar por hombre que goza en dañar la reputación de los ecos, confesaría que para mí el eco no ha tenido nunca más allá de cinco repeticiones.

Es probable que la oreada de Lurley, en otro tiempo cortejada por tantos príncipes y condes mitológicos, empuje á enronquecerse y á fastidiarse. Esta pobre ninfa únicamente tiene hoy un solo adorador, el cual ha excavado frente por frente de ella, en la otra orilla del Rhin, dos pequeñas habitaciones en las rocas, y pasa sus días tocando el cuerno de caza y diparándole tiros. Este hombre, que hace trabajar al eco y que

vive, es un viejo y valiente húsar francés.

Para un viajero que no cuenta con tal cosa, el efecto que le produce el eco de Lurley es extraordinario. Un barquichuelo que atraviesa el Rhin por este sitio con sus dos pequeños remos hace allí un ruido formidable. Cerrando los ojos, se creería oír pasar una galera de Malta con sus cincuenta gruesos remos, movidos cada uno por cuatro presidiarios encadenados.

Bajando del Gato, antes de dejar San-Goarshausen, es preciso ir á ver, en una vieja calle paralela al Rhin, una preciosa casa del Renacimiento alemán, mirada en poca estima, por supuesto, por sus habitantes. Al volver después á la derecha se pasa el puente de un torrente y se interna, oyendo el ruido de los molinos de agua, en el Valle-Suizo, soberbia rambla casi alpestre, formada por la alta colina de Petersberg y por una de las últimas cumbres de Lurley.

Es un delicioso paseo el que ofrece el Valle-Suizo. Se vá y viene, se visita los pueblos desde lo alto, se abisma uno en las estrechas gargantas de tal modo sombrías y desiertas, que he visto en una de ellas la tierra frescamente removida y el césped descompuesto por la cabeza de un jabalí; ó bien se sigue la parte baja de la rambla, entre rocas que se asemejan á muros ciclópeos y por bajo de los sauces y los álamos. Allí, solo, absorbido profundamente en un abismo de hojas y de flores, se puede vagar y soñar toda la jornada y escuchar, como un amigo admitido en la intimidad de la confianza, la charla misteriosa del torrente y del sendero. Después, al acercarse por los carriles de los caminos á los cortijos y á los molinos, todo lo que se encuentra parece arreglado y agrupado de antemano para decorar el rincón de un paisaje de Poussin. Tan pronto se halla un pastor medio desnudo con su rebaño en un campo de color leonado y silbando melodías extrañas en una especie de lituo antiguo, como un carrotrato arrastrado por bueyes, como veía en las viñetas del Virgilio Heran, que traía en mi infancia. Entre el yugo y la frente de los bueyes hay un pequeño coginete de cuero bordado de flores rojas y arabescos vistosos. De igual manera se ven jóvenes que andan con los piés desnudos y peinadas como estatuas del Bajo Imperio. Yo he visto una que era encantadora. Estaba sentada cerca de un horno de secar frutas, que humeaba dulce-